acudir bien, dábale cuidado si habían de perseverar y la forma para sustentarlos en campaña; porque era necesario tanto número, para la provisión de vitualla, como para pelear en la guerra, porque todo se llevaba a cuestas. Con todo eso tomó ánimo, con el gran número de gente que había para todo y la voluntad con que mostraban irle a servir; porque la señoría de Cempoalla, de los puertos abajo en la costa del mar, en cincuenta villas y lugares, con sus fortalezas y casas fuertes, que eran de su liga, tenía más de ciento y veinte mil vecinos. En la señoría de Tlaxcalla, de puertos arriba, adonde había sesenta señores de vasallos, tenía más de ciento y veinte mil vecinos. En la señoría de Huexotzinco, cincuenta mil. En la señoría de Cholulla, cuarenta mil. En la provincia de Tepeacac, Acatzinco y Quecholla, ochenta mil. En las ciudades de Quauhquechulla, Itzocan, con todo lo a ellas sujeto, veinte mil, sin otros muchos pueblos y señores que sería prolijo el decirlos.

CAPÍTULO LXXX. *Que en Mexico alzaron por rey a Quauhtemoctzin, por muerte del rey Cuitlahuac, hermano de Motecuhzuma, que murió de viruelas; y lo que dijo a la nobleza mexicana y la muestra que Fernando Cortés tomó a su ejército en Tlaxcalla y muerte de Maxixcatzin*

LEGADO MARTÍN LÓPEZ A TLAXCALLA, para entender en la fábrica de los bergantines, dio a la señoría el recado de Cortés y luego proveyó de gente para que se cortase la madera y diese principio a la obra, y cuando llegó a Tlaxcalla, dicen algunos que halló a Maxixcatzin muy malo y que le dijo que se quería bautizar y morir cristiano y que Martín López envió apriesa a dar aviso de esto a Cortés y que Cortés envió a fray Bartholomé de Olmedo que le bautizase y que llegando a tiempo le hizo algunas preguntas y que le bautizó y que murió católico cristiano, con mucha devoción; porque quiso Dios premiar al que sólo fue causa que los cristianos se conservasen en esta tierra para mayor honra suya y bien de tantas almas. Esto dice la relación castellana; pero hace contradición a lo que decimos en el libro de el bautismo acerca de los que se bautizaron de aquesta señoría, que fueron los cuatro cabeceras, de los cuales es uno este Maxixcatzin. Y yo tengo aquel hecho por más verdadero que éste, porque en todas las pinturas que hay de esta historia y bautismo están todos cuatro juntos bautizándole y señalado el ministro que fue el clérigo Juan Díaz, y no fraile. Y esta pintura está en la portería de el convento de Tlaxcalla y ellos con sus nombres cristianos y gentílicos sobre sus cabezas. Y pues desde los principios de esta conversión indiana está hecha la pintura y pasa sin contradición de indios ni españoles, es cosa cierta que aquello pasó así y no como esta relación dice. Pero lo que no niego es que puso en su lugar en la cabecera a un hijo suyo, que después se bautizó y llamó Juan

(no Lorenzo, como ellos dicen, porque el padre fue el que recibió este nombre).

Fernando Cortés se vino luego a Tlaxcalla, siendo cosa de admiración la gente de las tierras comarcanas, que salía a verle a los caminos, como a triunfador, llevándole presentes y pidiéndole que les nombrase señores; porque morían muchos con las viruelas y por darles satisfación lo hacía de buena gana, informándose bien cuáles eran los más legítimos herederos, y éstos, por ser elegidos de su mano, eran tenidos en más de los indios. En Tlaxcalla se le hizo un solemnísimo recibimiento, con arcos triunfales, danzas y cantares, en loor de sus victorias y república, llevando delante las banderas y insignias de enemigos, los presos y despojos, acompañado de su ejército y de la gente que salió de la ciudad; entró con innumerable pueblo, triunfando, con grande amor y admiración de todos. Hiciéronle una oración, llamándole triunfador y vengador de sus injurias; y en substancia, se le hizo mayor honra que jamás se ha hecho en tierra adonde no fuese natural.

A este tiempo ya había muerto Maxixcatzin, grande amigo suyo, por cuya ayuda y gracia se había introducido en la de los tlaxcaltecas, a los principios que entró en sus tierras y se murió de el mal de las viruelas que corría en general por esta Nueva España, que lo sintió mucho por la grande falta que su vida le hacía, por cuya muerte se vistió de luto. Pidióle la república que nombrase en su lugar a su hijo, que era ya mozuelo, por lo que a su padre se debía y conforme a la costumbre antigua que usaban entre sí estos señores. Hízolo así y armóle caballero, al uso de Castilla; y porque lo fuese de Jesucristo le hizo bautizar y se llamó don Juan Maxixcatzin, tomando por sobrenombre el nombre de el padre, el cual apellido han conservado hasta agora los herederos de este señor Maxixcatzin. De aquí se verá el yerro de los que dicen que este mancebo se llamó Lorenzo, equivocándose en esto y dando al hijo el nombre que recibió el padre; y en las pinturas que hasta hoy duran, está nombrado este dicho Maxixcatzin con nombre de Lorenzo; llamándose Xicotencatl, don Vicente; Tlehuexolotzin, don Gonzalo; Citlalpopoca, D. Bartolomé. Y así los nombra Diego Muñoz Camargo, que fue natural de Tlaxcalla y muy antiguo en su nacimiento, porque nació casi luego a los primeros años de la conquista y fue su solicitador e intérprete hasta que murió viejo y anciano; el cual inquirió con mucha curiosidad las cosas de las antiguallas de esta señoría.

Daba priesa Fernando Cortés en la fábrica de los bergantines y para su mejor efecto y ejecución trató con la señoría que le diese gente que fuese a Cempoalla y puerto por hierro, munición, velas y jarcia de los navíos que hizo quebrar; aunque en los memoriales de Alonso de Mata se halló que de estas cosas se proveyó lo mejor que pudo en la tierra; y los marineros en una montaña cerca de Tlaxcalla (que es la sierra Matlalcueie) hicieron pez, cosa nueva y de mucha admiración para los indios, que como nunca la habían habido menester no habían dado en su invención; pero siendo cierto que fueron a la Vera Cruz por estas cosas (como es de creer, porque no tenían clavos, ni cosa de hierro en la tierra), digo que estos

señores tlaxcaltecas le dieron todo lo que pidió para el buen avío y salió número de gente para la provincia y costa de Cempoallan, con capitanes pláticos y conocidos de aquella tierra, para que con más seguridad trajesen las municiones y cosas necesarias para la guerra de Mexico, lo cual se hizo con mucha brevedad y cuidado.

De lo que pasaba en Mexico procuraba saber nuevas y por medio de tlaxcaltecas no podía ser, porque eran conocidos en los bezotes y orejeras y otras señales que no podían encubrir; pero de los que prendían, se entendió que habían hecho rey a Cuitlahuac, que es el que antes habían elegido por su capitán general, viviendo Motecuhzuma, cuyo hermano era, y señor de Iztapalapan, a quien en otra ocasión había soltado de prisión Cortés; hombre astuto, sagaz y bullicioso, y la principal parte de echar de Mexico a los castellanos, según se entendió, y que fortalecía la ciudad con fosos y trincheras y armaba la gente con largas picas; soltaba los tributos; ofrecía mercedes a los pueblos que resistiesen a los cristianos y los matasen y le enviasen las cabezas. Dio a entender en todo su imperio cuánto los convenía la unión para librarse de la opresión de los extranjeros y no se engañaba en nada. Andando el rey Cuitlahuac ocupado en estas cosas se le pegaron las viruelas (enfermedad, que dicen trajo un negro de Narváez) y murió de ellas por no saberle curar, porque nunca tal mal habían visto ni tenido estos indios. Muerto Cuitlahuac, fue elegido en su lugar Quauhtemoc, sobrino de el gran emperador Motecuhzuma, hijo de su hermano Ahuitzotl, que reinó antes de él y de una señora tlatelolca; y así tenía este rey sus casas en esta parte de la ciudad, llamada Tlatelolco y era el sacerdote mayor de los ídolos, hombre de buen entendimiento, severo y áspero de condición. Y como sabía la necesidad de su ciudad y gente, luego que fue electo por rey prosiguió en todas las prevenciones de su antecesor; ganó muchos amigos, aunque algunos no se quisieron confederar con él, no tanto por el miedo de los castellanos, cuanto por sus antiguas enemistades. Hizo grandísima provisión de armas; metió mucha gente en la ciudad; sacó mucha parte de la inútil y la envió a las montañas; metió dentro toda la vitualla de la comarca; hacía ejercitar la gente en las armas; ofreció mercedes a los que se señalasen más; tenía gran cuidado de saber lo que hacían sus enemigos y cuando entendió que se apercibían y querían ponerse en camino juntó la nobleza mexicana y todos juntos (y él en pie), hizo un razonamiento, persuadiéndoles a la defensa de la religión de la patria, de las vidas, honras, hijos y mujeres; con que a todos confirmó en su voluntad y obediencia y le prometieron de morir en ella. Muchos señores de la tierra estuvieron neutrales porque conocían la fortaleza de las dos partes y muchos se ofrecieron a Cortés, que aborrecían la tiranía de los mexicanos, confiando en su valor y en la valentía de los tlaxcaltecas, que también como aquellos a quien tanto importaba salir bien de el negocio, traían sus inteligencias por la comarca. Fernando Cortés solicitaba la fábrica de los bergantines; mandaba que se ejercitasen los tlaxcaltecas en sus armas; proveía de pólvora; ordenó que se hiciesen largas picas, muchos ichcahuipiles y ordenar las escopetas y ballestas.

Aprovechábase Fernando Cortés para todo del buen aparejo que hallaba en los tlaxcaltecas y con esto solicitaba el negocio, temiendo que no se le entibiase. Y el segundo día de Navidad, habiendo ya llegado algunos castellanos de La Española y Cuba, de Canaria y de Castilla (como dejamos dicho), determinó de hacer muestra de ellos en la plaza de el templo mayor de Tlaxcalla. Salieron primero los ballesteros y a la mitad de el puesto, con mucha igualdad y destreza y sin rumor, armaron sus ballestas y las dispararon por alto cuando se les dio la señal y haciendo reverencia a Fernando Cortés, pasaron. Llegaron luego los rodeleros y echando mano a sus espadas hicieron con gran orden su acometimiento y embainándolas, hecha reverencia, pasaron. Siguieron los piqueros, calaron a un tiempo las picas, cerraron con ellas bien ordenados y apretados. Y los últimos fueron los escopeteros, que haciendo una hermosa salva, con que atemorizaron a los indios, pasaron adelante de dos en dos, con lanzas y adargas; llegaron los caballos, corrieron parejas, escaramuzaron y con ellos Cortés, vestido con una ropeta de terciopelo sobre las armas y una zagaya en la mano, con gran admiración de los indios. Halló cuarenta caballos, quinientos y cuarenta infantes, nueve pecezuelas de artillería bien chicas. Hizo cuatro escuadras de los caballos y nueve compañías de los infantes, a los cuales, estando a caballo, hizo una discreta plática, dándoles ánimo, prometiéndoles buena dicha, persuadiéndoles a la venganza de la injuria recibida de los mexicanos, representándoles la gloriosa fama que ganaban en el mundo sujetando aquella gran ciudad, encareciéndoles el servicio que hacían a Dios, pues otro remedio no había para plantar la fe, aconsejando el aprovecharse bien de el amistad de los tlaxcaltecas, medio bastantísimo para conseguir su intento, certificándoles que no había nación en el mundo que no deseara hallarse en el estado en que ellos estaban para adquirir inmortal gloria y enriquecer sus personas. Oyeron todos a Cortés con mucha atención, certificáronle el contento que tenían en tenerle por capitán, la esperanza de victoria con su prudencia, el amor con que le siguirían. Y luego deseosos los tlaxcaltecas de imitar a los castellanos, pidieron licencia para hacer otra muestra de la gente que habían de llevar a la guerra, en aquel mismo lugar; y otro día de mañana, en oyendo misa, estando presente Fernando Cortés y todos los castellanos fueron entrando los tlaxcaltecas por la orden siguiente.